

Mi está, y el que no allega conmigo, espárase (Matth. XII, 30); y *que ninguno puede servir á dos señores* (Matth. VI, 24); pero esto allá se lo vean ellos; (los que dicen que el sacerdote no debe mezclarse en la política) habrán tal vez hallado el secreto de persuadir á Jesucristo que no se ha de mezclar en sus negocios personales, así como han logrado convencerse de que la religion no se ha de ingerir en los negocios públicos.

¿Quién sabe?
En tanto, tú que esto lees, sacas de lo expuesto una consecuencia de suma importancia, á saber: LA SINRAZÓN DE LOS QUE PRETENDEN QUE EL CLERO NO DEBE METERSE EN LA POLÍTICA y la equivocación de que provienen todas sus declamaciones.

«Porque si con estas palabras quierendá entender que el clero no se ha de ocupar de contratos, de comercio, de bancos, ni de otros negocios civiles, ni de hacer y deshacer el mundo, les daremos gracias por su aviso; limitándonos á suplicar á estos celosos amigos del clero que dejen obrar á la Iglesia, que probablemente sabrá mejor que ellos lo que debe hacerse en esta parte. Dejen al menos á los obispos en libertad necesaria para que hagan observar los cánones, y no tomen bajo su protección á algun embrollón ó extravariado que se entrometa en lo que no es de su competencia. Pero si quieren decir que no es propio del clero ocuparse de las cosas públicas de otras maneras, lo negamos terminantemente. El clero puede tratar todas las cuestiones sociales bajo el aspecto científico lo mismo que cualquiera otra persona, y tal vez mejor, por razon de las ciencias sagradas que cultiva con especialidad. En los países regidos por instituciones libres los individuos del clero tienen los mismos derechos que todos los demás ciudadanos; á no ser que la calidad de sacerdote prive de los derechos de ciudadanía, como opinan algunos. El clero debe hablar, siendo como es el custodio nato de la moralidad; y hasta ahora nunca se había puesto en duda que era propio de la Iglesia definir en qué casos y circunstancias se violan las reglas de las buenas costumbres. El clero debe hablar, porque en las naciones cristianas las cuestiones políticas, la materia de las leyes y las providencias públicas tienen inmutables relaciones con las costumbres, con la fé, con los Sacramentos, con los derechos de la Iglesia.

No sólo puede, sino que debe el clero hablar en muchos casos particulares, y hablar muy alto, para cumplir con el deber que le impuso Jesucristo de defender sus sagrados derechos, y prevenir al pueblo cristiano contra la seducción del error. Deben hablar los sacerdotes, y mucho más deben hacerlo con su voz autorizada los obispos, como sucesores que son de los Apóstoles, que decían á los ancianos de la Sinagoga: *No podemos guardar silencio*. Sé muy bien que si no bastan las declaraciones para hacerlos enmudecer, se emplearán tal vez contra ellos las amenazas, las violencias, el destierro, las cárceles y las cadenas; pero sé también que el sacerdocio no enmudecerá por temor. Mientras haya una voz libre (y esa voz nunca faltará en la Iglesia), hablará por el honor de Jesucristo y salvaguardia del pueblo cristiano; y hablando condenará las leyes injustas, los procedimientos arbitrarios, las violencias, los abusos, las extorsiones, las usurpaciones, el despojo de la Iglesia, la política de Maquiavelo, y todas las iniquidades, no sólo privadas sino también públicas. Si el mundo no puede comprender cuán sublime y elevada es aquella institución divina que ha atravesado los siglos sin recibir el más leve detrimento, que ha tenido siempre á rayas las pasiones, que proclama constantemente las leyes eternas de la justicia y anatematiza todos los errores, tanto peor para él; no por eso cambiará Jesucristo su obra, ni la dejará perecer; y los que no quieran aprovecharse de su benéfico influjo para su defensa y salvación, se estrecharán contra ella para su confusión y condenación eterna.»

UN TESTIMONIO.

Con ocasión de la rediviva circular de la Nunciatura de 30 de Abril de 1882, la prensa liberal, toda ella sin distinción de matices, bate palmas y lanza gritos de triunfo que no parece sino que por artes de encantamiento háse despojado de los báquicos arreos del liberalismo, para vestir la estola de la verdad íntegramente católica.

Tal es la actitud de *El Correo Español*, *La Fé*, *La Epoca*, *La Iberia*, *El Resumen*, *El Globo*, *El País*, *La República*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *La Correspondencia de España* (por no citar más que uno de cada bando liberal) frente á las disposiciones de la Nunciatura, prohibiendo á los sacerdotes su adhesión á la prensa católica y á la prensa católica que publique las adhesiones recibidas del sacerdocio católico; disposiciones aumentadas y ampliadas recientemente por los Ilustrísimos señores Obispos de Barcelona, Santander y Madrid-Alcalá.

Precedidas y seguidas de frases respetuosas [y hasta humildes! cuya sinceridad, á la vista, corre parejas con el infame *Ave Rex* del Pretorio, la prensa liberal de todos los matices, lo mismo en Madrid que en provin-

cias, se apresuran á copiar las prevenciones de la Nunciatura y de los Obispados de Barcelona, de Santander y de Madrid, dando con ellos en rostro al virtuoso clero español y á la sufrida y heroica prensa católica que á la cruda guerra del liberalismo tiene hoy que sumar la bafa y saña de los falsos hermanos y las amarguras mil veces más insufribles de verse objeto de recelo y desconfianza para sus propios Prelados.

¿Qué es lo que así alegra á los liberales, qué es lo que hace á la prensa liberal (sorda á la voz del Pontífice, sorda á las enseñanzas de los Obispos, que jamás ha copiado ni una sola Enciclica de las publicadas contra la Masonería, contra el Liberalismo, contra los detentadores del poder temporal del Papa, que nunca jamás ha propagado entre sus lectores las Pastorales de nuestros Obispos) copiar hoy la circular de la Nunciatura, y como si esto no le bastase copia luego las prevenciones dictadas por el Ilustrísimo señor Obispo de Barcelona, y luego las del Ilustrísimo señor Obispo de Santander, y últimamente la explícita orden del Ilustrísimo señor Obispo de Madrid-Alcalá?

¡Bien claramente lo dicen nuestros mismos enemigos!

Lo que hace á la prensa liberal, que un día y otro ocupa sus columnas con las prohibiciones que nos hacen los señores Obispos, para no demostrar públicamente que el clero católico está con nosotros y autoriza con su respetable voto nuestras doctrinas políticas, certificando con sus firmas, que son conformes con la santidad de la moral católica y los principios de nuestra divina religion, es que comprende que este silencio, impuesto al sacerdote, equivale á una separación entre el sacerdocio y la política y es por tanto la ruina de la prensa católica, la única que verdaderamente se opone al liberalismo, ¡á todo liberalismo! ¡y la única á quien teme el liberalismo! ¡todo el liberalismo! desde el neo-carlista al más radical de los socialistas.

Sirva como ejemplo y prueba de lo que decimos, estas palabras que la impía *Voz de Guipúzcoa* (que niega la inmortalidad del alma, y el dogma de las penas eternas, y dice que la confesión y los sacramentos todos son de invención humana etc.) pone á continuación del escrito pastoral de Su Ilustrísima el señor Obispo de Madrid-Alcalá, que copia en su número 4.310, correspondiente al día de ayer 24 de Noviembre:

«Después de lo que dice en la preinserta circular el señor Obispo de Madrid-Alcalá, podemos dar por casi terminado el asunto; pues solo falta que el señor Obispo de Vitoria, haciendo público lo que ha ordenado privadamente á los clérigos y á las publicaciones católicas de su diócesis, dé ocasión á que, rompiendo las plumas, los sacerdotes integristas se retiren á una comunidad, y los redactores de *EL FUERISTA* vuelvan á la vida privada.»

Esto es: la muerte de *EL FUERISTA*. Como la prensa liberal de Madrid quiere la muerte de *El Siglo Futuro*.

Como la prensa liberal de Cataluña, quiere la muerte de *Dogma y Razon*, *Diario de Cataluña*, *El Diario de Lérida*, *El Eco de Queralt*, *El Integrista*, *Lo Crit de la Patria*, *Lo Mestre Titas*, *El Norte Catalan*, *El Semanario de Figueras*, *La Verdad*, *El Semanario de La Bisbal*, *La Familia Católica*.

Como la prensa liberal de Vizcaya y Alava quiere la muerte de *El Euskaró* y de *El Gorbea*.

Como la prensa liberal de Valencia y Baleares quiere la muerte de *El Restaurador* y *El Centineta*.

Como la prensa liberal de Andalucía quiere la muerte de *El Diario de Sevilla*.

Como la prensa liberal de Extremadura quiere la muerte de *El Avisador de Badajoz*.

Como la prensa liberal de ambas Castillas quiere la muerte de *La Fidelidad Castellana* y *Los Soldados de Cristo*.

Como la prensa liberal de Navarra quiere la muerte de *El Tradicionalista*.

Como la prensa liberal de Asturias quiere la muerte de *La Cruz de la Victoria*.

En una palabra: ¡como la prensa liberal de toda España quiere y desea la muerte de la prensa íntegramente católica!

Y esta muerte es cierta, es segura, es inevitable desde el momento en que nos falte la autoridad del sacerdote, que aprobando nuestras doctrinas políticas; no en lo meramente políticas, sino en su íntima relación y congruencia con la moral católica de que forman parte, las haga valer, en los hombres de buena voluntad, en oposición á los bastardos impulsos del apetito ciego que naturalmente nos llevan allí donde el goce próximo aunque sea efímero, es cierto y seguro.

Si nosotros decimos: «la autoridad, como todo poder, viene de Dios, no es lícito creer y practicar la soberanía popular que hace al pueblo, implícitamente, fuente, origen y fin de todo poder y autoridad» el hombre, aun de buena fe, que de aceptar nuestro credo se hace imposible para gozar de los bienes inmediatos y ciertos que aquí dispensa el liberalismo, cegado por el apetito, renuncia al ministerio de su propia razon y puede contestar: «¿Y quién sois vosotros para exigirme en nombre de Dios que yo renuncie á mi bienestar terreno, á la protección de los liberales dueños de todo poder y únicos dispensadores de todas las gracias?»

Y aun que nosotros opongamos el razonamiento hasta la evidencia, no conseguiremos

moverle, ni otra cosa en su ánimo ya hostil á la verdad, que la huella que deja en el entendimiento la fría demostración de una verdad matemática.

Mas si el sacerdote está á nuestro lado, y con la autoridad de su ministerio, y la gracia del sacerdocio, certifica nuestra palabra, el hombre de buena fé, mira desvanecerse el calor de esta celestial influencia las nieblas del apetito inhonesto, abre su corazón á la enseñanza y como otra María de Magdalo derrama sus ambiciones para servir á Cristo.

Este es el testimonio á la verdad que rinde la prensa liberal, haciendo armas contra nosotros de ese silencio suicida que ha de sellar los labios de el Sacerdote.

¡Mas no se abandonen á su triunfo los liberales!

Las mismas armas con que quieren herirnos de muerte, nos dan la vida. Los mismos argumentos de que se valen para separarnos del Ministro de Dios, prueban nuestra unión estrecha é íntima con el sacerdote. Porque es evidente de toda evidencia, que si el sacerdote católico no estuviera á nuestro lado y no hablara en pro de nuestras afirmaciones, no habria necesidad de prohibirles su adhesión á nuestras doctrinas.

Cuando el pueblo escogido, movia sus pasos por el desierto y sentia las angustias sofocantes de la sed, el elemento más naturalmente contrario á las refrigerancias que anhela, la estéril y ruda roca, dió, herida por la gracia de Dios, abundoso raudal de agua cristalina.

Y cuando el pueblo de Israel se veia envuelto por las tinieblas de la noche, á fin de no retardar la conquista de la Tierra de Promisión, el elemento más opuesto, la oscura nube, era llona de la gracia de Dios, faro luminoso é indicador del camino.

Y cuando el esforzado Sanson parecia próximo á morir por el hambre que le acosaba y el fiero leon que le acometia, fué la bestia desquijarada nidal de abejas y panal de miel dulcísima que devolvió vida y fuerzas al servidor de Dios.

¿Quién puede contra los decretos de la Divina Providencia?

M. S. A.

Copiamos del católico y benemérito Diario de Sevilla:

«Leemos: «Tambien ha conferenciado el Sr. Alonso Martínez con el Nuncio de Su Santidad, al cual ha acusado de tibieza en la manera de hacer cumplir las circulares expedidas por Monseñor Rampolla. Parece, que el Nuncio muy discretamente ha observado al Ministro de Gracia y Justicia, que el clero de España está muy unido y que si no fuera tan directa la ingerencia del Gobierno en los asuntos Eclesiásticos, el Sacerdocio Español seria el más ejemplar del mundo.»

«Si en efecto estas palabras son del señor Nuncio: mucho honran al Clero Español y mucho dan que pensar á muchos!»

Nuestro queridísimo amigo el señor D. Victor Oláran, nos escribe desde Zuzmarraga dándonos cuenta de los solemnes cultos tributados en aquella villa á la virgen y mártir Santa Cecilia en el día de su fiesta.

El Sr. Oláran quiere además que conste, que está muy conforme con las doctrinas y procedimientos y declaraciones todas de *El Siglo Futuro* y *EL FUERISTA*.

Cumplimos con tanto más gusto este encargo de nuestro buen amigo y estimadísimo correligionario, cuanto que es deuda de agradecimiento al celo y entusiasmo con que el Sr. D. Victor Oláran ha patrocinado y propagado nuestro humilde obra.

Bien sabe nuestro amigo que aquí, en *EL FUERISTA*, se cuenta con él en todo y para todo y nos merece entera confianza.

CHISMOGRAFIA POLITICA.

Dispénsenos el integérrimo Corresponsal que tiene en Madrid nuestro querido compañero el *Diario de Cataluña*, si en esta sección de nuestro periódico colocamos una de sus notables cartas.

La razon es que los *chismes leales*, que en ella se mencionan, nos importa se conozcan en Guipúzcoa.

Y esto dicho, lean nuestros amigos.

«En los círculos políticos á falta de otros temas de interés, se cometerot. anoche las nuevas disensiones que se han hecho ostensibles con motivo de la velada secreta del domingo y de la jefatura otorgada al marqués de Cerralbo,

Como indiqué ayer, crea usted, mi buen amigo, que á continuar un par de meses los procedimientos usuales de la dichosa política de atracción, va á revestir el carlismo *leal* más formas que las que cambió Proteo allá en la famosa isla de Faros.

Aun no pringa el pobre marqués y ya me lo están asando Llauder y Sangarren y Valbuena y Morales y Vildosola y que se yo cuantas otras más capacidades que se consideran de tan alta prosapia, con ma, ores derechos y

aun más españolas que el débil marqués, que como ingerido en azteca lleva sangre mestiza, para dirigir un partido tan nacional y tan puro como el cesarista.

Y bien miradas tienen razon todos, singularmente el de Sangarren, que desde el domingo, más de diez y doce veces el buen hombre se habrá dicho: «Si por descender en línea curva de un Motecuhzoma Jocoaytzin—Motezuma II, como escribiría el historiógrafo y erudito Llauder—se le nombra jefe al de Cerralbo, bien tengo razon de protestar, yo el descendiente en línea recta de Santa Teresa, y de hacer valer mis derechos más católicos y más tradicionales que los que arrancan de una dinastía exótica y pagana.»

Desde anteayer todo son, pues, dificultades y disgustos para el prócer presidente de todos los futuros círculos carlistas de la península é islas adyacentes.

En el campo oportunista luchan por ahora cerralbistas, feístas, llauderistas y sangarrenianos, y al paso que van ellos, no es aventurado predecir que allá para las próximas Navidades habrán ya formado escuela. Valbuena, Marin, Bocos, Perdiguero, Gallardo y otros varios, que cuentan tantos sacrificios y tan sobresalientes dotes como Sangarren, Llauder y Vildosola para merecer ser colocados á la cabeza de la primera fila.

La Fé no ha podido ocultar que la última decisión de D. Carlos le sabe á cuerno quemado, y dá cuenta de la velada en ocho ó diez líneas, como si se tratara de una noticia funeraria de esas que no afectan á la familia.

El Correo Español ya es más explicito, pero tampoco se entusiasma mucho que digamos, al ponderar los recursos y bellezas oratorias que puso á prueba el marqués. Con respecto al autógrafo se excede algun tanto más; aunque me consta que mal lita la gracia que le ha hecho al director de ambos *Correos* sobre todo al ver que uno de los motivos en que funda el Duque de Madrid la recompensa al marqués de Cerralbo, es por las manifestaciones entusiastas que recibió éste recientemente en Cataluña, cuando resulta que esas manifestaciones fueron ordenadas por el propio Sr. Llauder á sus asalariados dependientes, igualmente que las otras del día de San Carlos que habian de immortalizarle y hacerle más grande que Milciades en Maranton; que Leonidas en las Termópilas, que César en Farsalia, y que Alejandro en el Gránico. Pero el hombre propone y Dios dispone; y Dios ha dispuesto que una gloria urdida con tan malas artes le sirviera de humillación y sudario.

En cambio más explicito que el Sr. Llauder está anoche un señor *Hispano*, cuya pluma atildada y correcta parece mojada en aguas del Adriático, en un artículo puesto á continuación del régio autógrafo é intitulado «*El mejor programa*.»

Este programa superlativo, es el programa á estas horas último de don Carlos, que al juicio del articulista se encierra en este trascendental pensamiento: «*El partido carlista, católico y español debe ser una esperanza, no un temor*.»

Y á fin de que parezca, la feliz é inspirada sentencia, irrefragable á los ojos de los desesperados conservadores, á cuyo honor se han inmolado los sanos principios y tradicionalistas, es pta, así con ingenuidad y sin rebozo, los siguientes clamores, que si no conmueven á toda la mesticería liberal conservadora, es testimonio que no han de enternecerse ni aun que resucitaran todas las plañideras del antiguo paganismo:

«Pero que sepa España que en el día de la deshecha borrasca, cuando el soplo de la Revolución barra los inconsistentes fantasmas que hoy remedan otras tantas instituciones sociales, esa reserva, de pié y entusiasta, apañada en torno de su capitán augustó, saltará á la arena y ofrecerá á la Providencia todas cuantas vidas reclame como holocausto para la redención de la patria.

Allá, en el fondo de muchas conciencias conservadoras, más bien entumecidas por el sibaritismo que muertas, hay una voz que clama señalándonos: «*Esos son la suprema esperanza*.» Pero no quieren acogerse á la suprema esperanza mientras no venga el supremo peligro.

Esa persuasión instintiva, que ya existe en clases privilegiadas pero egoístas, que no se alarman por la ruina de los intereses morales si no la ven acompañada de un modo inmediato de la pérdida de los intereses materiales hay que llevarla á todas las esferas, desvaneciéndose cuantas preocupaciones han amontonado contra nosotros la mala fé y la ignorancia.

Atrayendo y no amenazando hemos de abrirnos camino hasta el corazón de los engañados, y para alzar nos basta presentarnos tales como somos, no tales como nos pintan.

No somos puritanos sajones, que miramos á los liberales como otros tantos pieles rojas á quien hay que exterminar para suplantarnos en sus dominios. Somos misioneros políticos ganosos de que entonen el mismo credo que nosotros, el credo genuinamente español, los que tienen los ojos cerrados á la verdad. Queremos el concurso de todos á las órdenes de nuestro Jefe y á la sombra de nuestra bandera. Si apartamos á alguien de nuestro lado es á los falsos hermanos, que esterilizan nuestra propaganda pintando como odioso lo que es amable, como repulsivo lo que es expansivo.»